



Pais Chino.—Vista tomada sobre el Thai-hou.

THONG THING CHAN.

Dos montañas del mismo nombre se elevan en medio del Thai-hou que es uno de los mayores lagos de la China. Distingueselas por la adición de las voces Este y Oeste que indican su posición. La que representa nuestro grabado tomado de un dibujo hecho por uno de los oficiales de la expedición inglesa, debe ser la montaña Thong Thing Chan del Este, que es la más próxima al costado de Tché Klang. Pero como la del Oeste es mucho más notable por sus grutas naturales y por un tunnel submarino cuya extensión no ha sido posible medir aun, hemos querido traducir también a continuación de la primera noticia, la descripción que da la geografía universal de la China, lib. LIV. fól. 42.

Thong Thing Chan del Este. Esta montaña está situada en medio del lago Thai-hou al Sudoeste de la población de Ouhien (lat. $31^{\circ} 23' 25''$, long. $118^{\circ} 8' 55''$). El emperador Khieu Long visitando las provincias del medio día en el XVI año de su reinado (1754) compuso una pieza en verso sobre los diez y seis puntos

de vista que ofrece esta montaña. Según la historia de la población de Koung-Sou tiene ocho leguas de circunferencia es un poco menor que la montaña Thong Thing Chan del Oeste, pero tiene muchos puntos de semejanza con ella por la magnitud de sus picos, por la profundidad de sus precipicios y por sus producciones naturales (cuentanse entre ellas las moreras, los naranjos dulces, el azafrán etc.) según la historia de la población de Hou-hieu hoy Sou-Tcheou-fou el general Mo-li que vivió en la dinastía de los Soui (584 á 618 después de J. C.) vivió largo tiempo en esta montaña y la dió su nombre (algunos autores la llaman en efecto la montaña de Mo-li) se la distingue también con el nombre de Siu-Mou es decir la madre de Siu porque el célebre Tseu-Siu fué delante de su madre por esta montaña. La cima oriental se llama Ouchan ó la montaña del Guerrero; tiene legua y media de circunferencia. Antiguamente nombrábasela la montaña de los tigres porque el rey de Ou solía cazarlos con frecuencia. En la dinastía de los Thang (de 618 á 904) es cuando ha

18 DE JUNIO DE 1848.

recibido la montaña de que nos ocupamos el nombre que hoy lleva.

Thong Thing Chan. El antiguo nombre de esta montaña es Pao-chan, elévase en el centro de ago de Tai-ou al Sudoeste de la población de Ou-hieu. En la parte inferior de esta montaña existen ocho grutas subterráneas que permiten penetrar largo trecho bajo el suelo cubierto por el lado y llegar hasta el Territorio de Pa-ling, hoy Yo-Theou-fou, ciudad de primer orden en la provincia de Hou-Kouang (latitud 29.° 24.00', longitud 110.° 34' 25".) Esto mismo se encuentra consignado aunque con mas detalles en las memorias del país de Ou. A la falda del monte Pao-chan á pequeña altura sobre el nivel de lago, ábrense ocho grutas por las cuales se circula libremente bajo el agua hasta una distancia prodigiosa sin obstáculos de ningún género. Esta inmensa caverna ha sido apellidada Ti-me, es decir, vena de la tierra y es el noveno de los diez y ocho grandes subterráneos tan celebrados por los poetas y los mitólogos de la China. Una vez, dice la historia de esta montaña, Ho-lin encargó á un hombre dotado de conocimientos sobrenaturales explorar la profundidad de esta gruta subterránea. Provisto de antorchas y de todos los objetos necesarios para una larga escursión anduvo por espacio de setenta días y volvió sin haber podido encontrar el fin. En el interior refiere la leyenda vió sobre un banco de piedra una obra en tres tomos que presentó á Ho-lin, quien no pudiendo descifrarla encargó á Confucio investiga la materia y objeto del hallazgo. Este filósofo le dijo: esta obra ha sido escrita por el Emperador In de la dinastía de los Hia (2205 á 2198 antes de J. C.). Trata del alma y de la inmortalidad, aquel hombre se llamaba Mao y tenía por apellido Tchang. Habíasele dado el título de Mao-Kong ó príncipe Mao; todavía se conserva hoy sobre la mencionada montaña su habitación que fué socavada en la roca donde existe igualmente un altar bien conservado.

La principal gruta tiene tres puertas que conducen al mismo subterráneo, el cual se halla dividido en varias secciones por otras puertas de piedra. Las partes mas dignas de atención llevan los nombres de casa de piedra, cámara de plata, sala de oro y columna de Jade.

El pico mas elevado de esta montaña se titula Piamian-fong, es decir, el pico que se pierde en las nubes. (1)

EL VERANO EN SAN SEBASTIAN.

San Sebastian es el Dieppe de España: la belleza de su situación, lo ameno de sus alrededores, lo dulce de su temperatura, su magnífica playa, tan cómoda para los baños, le hacen el punto favorito á donde enderezan sus pasos los madrileños que abandonan la capital por necesidad ó por moda: con arreglo á un cálculo aproximado, puede asegurarse que de cien personas, las 75 obedecen las leyes de la deidad tiránica por escelerencia; y que el resto es únicamente el que busca allí el alivio de sus achaques: por eso mismo la mansion en aquellas provincias es mas alegre; nada tan triste como un pueblo de enfermos, donde

á todas horas, en la mesa, en paseo, en tertulia, no se oye mas que una misma conversacion: la de las dolencias de cada cual; y Dios nos libre si para hacer el convencimiento mas íntimo le obligan á uno á examinar un tumor tan grande y tan hermoso como una naranja, ó á estudiar una herpe pertinaz, que brotó nada menos que en una nariz de esas á quienes hay que dar tratamiento.

Allí por el contrario, todo es alegría, todo animación: cierto que no hay sobrada variedad en los goces; que los días suelen correr en la monotonía: pero en cambio, con qué placeres tan puros brindan una naturaleza rica y fecunda, el estudio de las costumbres sencillas de aquellos habitantes; y especialmente el reposo que se disfruta, por nada ni por ninguno alterado!

Sin duda no se ha otorgado á tan felices comarcas toda la atención de que son dignas; ni se han apreciado bastante las bellezas que encierran, ni los gérmenes de prosperidad que contienen: allí los hábitos del trabajo se hallan profundamente arraigados: allí la ponzoña de la inmoralidad no ha cundido ni con el contagio del ejemplo, que solemos llevar los corrompidos cortesanos; allí la buena fé no es una palabra vana, sino de exacto y legítimo sentido. ¡Y cuanto mas admirable no es esto despues de una larga guerra; despues de una revolucion sangrienta, que lo ha contaminado todo; que sin acertar con el remedio de los males pasados, ha derramado profundamente los desastres y las calamidades!

Para el hombre curioso, para el observador, para el filósofo, es una tarea dulce á la par que conveniente, investigar y medir al propio tiempo la moralidad de aquel país, y el grado de cultura que alcanza. Dícese que la civilización suele pervertir á la humanidad, haciéndola mas positiva y mas escéptica; allí se desmiente ese principio; se concilian las exigencias del siglo con la práctica de las virtudes sociales, y se conservan las cualidades y los principios primitivos, sin que se opongan á los progresos de la ilustración de la época.—A largas, á profundas reflexiones daría margen este punto, si me propusiera considerarlo ampliamente; mas no fuera propio de la índole de este artículo, destinado á dar una breve idea del aspecto que ofrece la antigua capital de Guipúzcoa en los meses del verano.

San Sebastian es una ciudad bastante reducida, pero con extremo limpia tambien, y bella por la regularidad de sus casas, por lo recto de sus calles, y por lo reciente de sus construcciones, que datan del año 1813, en que fué quemado el pueblo por los ingleses; su situación entre altas montañas; la ría que por un lado la refresca y hermosea; el mar que por el otro brama, contribuyen á hacerla mas agradable. El puerto si bien bonito es estrecho, y poco frecuentado por esta razón. Domina á San Sebastian el castillo llamado de la Mota, fortaleza respetable en el pico de un monte, y desde donde parece la ciudad un blanco pañuelo estendido sobre la húmeda yerba. En la subida del fuerte existe lo que se conoce por el cementerio de los ingleses, donde reposan algunos de los valientes hijos de la antigua Albion, que en 1835 vinieron á combatir por la justa causa que á la sazón defendía el pueblo español ¡y que exhalaban el último aliento en tierra estrangera! Igualmente se vé allí un monu-

(1) Traducido del Chino por Estevan Julian.

mento consagrado á la memoria del general Gurrea, el cual cayó víctima de su arrojo y valor indomable. —No encierra edificios notables la poblacion; la plaza es sin embargo muy linda por su regularidad y simetria; todos sus balcones se hallan numerados para cuando se convierte en circo en las corridas de toros. Entonces á cada inquilino se le concede el uso de un balcon y los demás tiene que cederlos para el público. La casa consistorial que ocupa un costado del recinto, es de sencilla pero elegante arquitectura; en su piso segundo existe una especie de Liceo, ó sociedad filarmónica, que dá conciertos mensualmente. En el lado opuesto se halla el *Círculo de la Amistad*, establecimiento sumamente útil, bien montado y bien dirigido, donde se encuentran periódicos del reino y extranjeros, juego de villar, sala de conversacion, y café. Al espíritu de asociacion, fuente abundantísima de adelantos y de mejoras deben tambien la fundacion del círculo, y es de sentir que no se hayan depuesto los odios de partido y que predominen simpatías y antipatías políticas para el ingreso en la corporacion. Los forasteros, presentados por un socio, tienen entrada en ella un mes, como sucede en el Casino y en el Ateneo de Madrid.

Nada mas grotesco, nada mas singular, nada mas característico, que el espectáculo que ofrece la concha (que así llaman á la playa y su forma justifica el nombre) en las horas de los baños. Las personas elegantes y distinguidas van por las mañanas de 7 á 10: el traje que todas las damas usan para entrar en el agua es idéntico: un ancho ropon de lana oscura las cubre desde los hombros hasta los pies; y recojen sus cabellos bajo un gorrito de hule verde, que llevan con singular coquetería. Otros añaden á este singular tocado un ancho sombrero de paja, que las preserva de los rayos del sol.

Por la tarde la concha ofrece un aspecto distinto,

gran número de chiquillos *in naturalibus*, en esa edad en que no hay sexo, saltan de aquí para allá, tan pronto entre mugeres como entre hombres: mas lejos los soldados de la guarnicion conducidos por sus oficiales, se sumergen en el agua con imponderable gozo. Algunas mugeres del pueblo, algun elegante dormilon que no gusta de madrugar, alguna beldad añeja que teme la claridad diurna; algun forastero desconocido, suelen entrar en el baño á aquella hora, que es la de la confianza; la de la libertad; la de las escenas grotescas en una palabra.

Para el que vá á San Sebastian por breves dias, nada mas ameno ni mas divertido. Las primeras horas de la mañana se emplean como ya está dicho, en ir al mar: en seguida, despues de tomar una refaccion abundante y sana, puede el viajero dedicarse á visitar á algunos amigos, hasta la una y media á lo sumo, porque comer á las dos es el colmo de la elegancia, ó del desorden como otros dicen. La tarde se emplea fácilmente en ir al castillo; en visitar algunos de los caseríos y huertas de las cercanías, ó en ir á pasear por el prado, vasta llanura tapizada de blanda yerba, entre la ria y el mar, resguardada de un lado por el fuerte, y de otro por elevadísimos montes. — Nada mas bello ni mas pintoresco que aquel paisaje al ponerse el sol, cuyos últimos reflejos limita el Oceano con una magnífica faja de grana y oro. Entonces el rumor de las olas que batan por la derecha el dulce rumor del Urumea en frente; las azules aguas surcadas por un grosero batel que rema torpemente; algun pájaro que cruza cual una flecha los aires buscando su nocturno asilo, el canto lejano de un pescador, todo forma un conjunto que embelusa el alma, que la hace probar y sentir el placer de que tanto nos hablan los poetas, y que tan difícilmente vemos realizado los muelles cortesanos.

Una expedicion á Pasajes es asimismo ocupacion



deliciosa de una tarde. A orillas de la ria hállanse infinitas barcas, que conducen al pueblo situado en frente; ofreciendo la singularidad de que son todas mugeres las que las guian y conducen vigorosamente. A una de aquellas hermosuras tostadas por el sol, endurecidas por la intemperie y por la rudeza de su

trabajo, hizo heroína de una de sus mejores comedias un poeta contemporáneo; el Sr. Breton de los Herreros.

Lástima grande es que el puerto de Pasajes no sea atendido, cual lo merece por su situacion, por su comodidad, por su abrigo, y quizás no tendria rival

en España. Haciéndolo así mas frecuentado, se animaría la poblacion de aquel punto, que ahora ofrece un aspecto triste y miserable: las casas antiguas y de mal aspecto se reedificarían; y las que ahora son ruinas tristísimas se convertirían en un puerto marítimo floreciente. Hay un buen astillero en Pasajes, y este es tambien un elemento de prosperidad para el país, que confiamos ver desarrollado con el crecimiento de nuestra industria. La cordelería, que está muy cerca del astillero, es un establecimiento notable por su utilidad, por la perfeccion de sus productos, y por su orden interior, pero su existencia se halla ligada intimamente á la de las construcciones navales: si estas son muchas, el consumo será grande; si no apenas bastará á sufragar los gastos de su manutencion, y de los mas precisos operarios.

Era ya de noche cuando en la plaza misma de Pasajes volvimos á entrar en el batel: nuestras conductoras, que eran jóvenes y agraciadas, las cuatro, entonaban entre otros este cantar del país:

Las barqueras de Lezo
Tienen salero,
Pero las de Pasajes
Salero y medio.

La modestia no es pues, la dote mas relevante de las ninfas bronceadas del Urumea.

Distínguense los Guipuzcoanos por la afabilidad de su trato; por la compostura de sus palabras, y por la exactitud con que cumplen sus deberes. Nada mas frecuente en Madrid y en toda Castilla que responder con un desabrido *¿qué sé yo?* á la pregunta mas sencilla de un forastero ¡allí por el contrario, hasta el mismo artesano que tiene que acudir á su trabajo, dirige y acompaña á cualquiera al sitio deseado!

No se oyen tampoco en los sitios públicos esas frases groseras que de continuo manchan los lábios de los hombres en otros países; y no hay que temer ver á un mozo ocioso en los dias de trabajo.

San Sebastian es un pueblo de gran animacion en el verano; pero en el invierno no viene gente de fuera por ser triste hasta á sus mismos moradores.

El estío es el tiempo en que los amos de las fondas y casas de hospedage hacen el Agosto, á semejanza de la hormiga de la fábula.

RAMON DE NAVARRETE.



BAILE DE MOROS.

Por los primeros dias del mes de las flores en 1838, recorria el que estas líneas escribe desde Oraan toda la costa del Estado de Argel. Despues de visitar las vastas ruinas de la antigua Arsenaria, llegué á Argel donde permaneci algun tiempo entretenido en ver la poblacion y sus cercanías. Gustábame por las noches, mas que nada, mas que seguir á las lindas africanas por el ameno paseo de la plaza del gobierno, andar vagando por la orilla del mar gozando á solas del placer que no todos saben hallar en la contemplacion de los cuadros maestros de la naturaleza. En esta distraccion me encontraba, ya tarde de una noche, cuando vino á buscarme un amigo y compañero de viaje invitándome para que juntos fuéramos á un baile de árabes al cual le habian convidado. No me pareció mal la proposicion tanto mas cuanto que era un espectáculo que deseaba ver, y ambos sin detenernos, nos dirijimos á la calle Gassabah (Alcazaba, ó de la ciudadela). Distaba aquella un buen trecho y era preciso atravesar un complicado laberinto de callejuelas estrechas y tortuosas; así pues resolvimos tomar un guia, que no nos fué difícil hallar entre una cuadrilla de jóvenes con quien nos tropezamos. Todos ellos se disputaron el acompañarnos, de manera que por cortar la cuestion escogimos el que mejor nos pareció, el mismo contra quien luego que echamos á andar, se desataron sus compañeros en los mayores improperios, porfiándonos que nos entregáramos en manos de un ladron. Reimos largo rato, sin curarnos del aviso; en tanto aquel nos internó por mil enrucijadas que creimos fueran interminables. Observamos de paso los edificios todos antiquísimos, rematando en azoteas ó terrados con pocas y reducidas ventanas, estrechas de manera que con dificultad puede asomar una cabeza y ademas cruzadas de fuertes hierros tan reforzadas y seguras, que mas bien que casas de vecindad parecen albergues destinados á custodiar criminales. En cambio por donde quiera asoman frondosas las arboledas; de tapia á tapia, de jardin á jardin tienden sus verdes ramas el paraíso ó árbol del aroma, el arrayan y el amarillo tarambuco con sus flores de oro que embalsaman el aire.

Cansados de andar ya largo rato por cuestras empinadas y oscuros callejones y á punto de dudar de si seria al cielo donde íbamos en busca del profeta y sus huris, entramos á instancia del *Dragoman* en una guarida, que tal parecia una casilla inmediata donde nos dijo que podríamos descansar, puesto que aun nos quedaba otro tanto de camino. La puerta de este zaquizamí habria podido disputar su gusto y magnificencia al acueducto de un algibe: era el principio de un oscuro callejon largo y angosto, al fin del cual dimos en una galeria iluminada torpemente por seis ó mas candiles no muy fáciles de distinguir entre los oscuros y negros lamparones que á su lado el humo y el aceite habian ido dibujando en la pared. Unos bancos muy bajos enclavados al rededor del muro servian de cómodo divan á varios árabes subidos en ellos, reclinados contra la pared con las piernas entre las manos; fumaban en unas grandes pipas ó apuraban unas tazas de un líquido igual en color al humo de los

candiles, con esto comprenderá el lector que nos hallábamos en un café árabe. Maquinalmente nos sentamos en el sitio que el guía nos señaló: él se acomodó imitando á los demás cual un mico sobre el banco y nos instó con empeño para que hiciéramos lo mismo, ni mas ni menos que si fuésemos otros orientales, en lo que no quisimos complacerle, por no creer acertado teniendo que presentarnos en un baile aparecer en él con las rodillas de fuera.

El dueño del establecimiento, que en lo sucio de la cara se confundía con dos negros que le seguían, nos presentó tres tazas de café conducidas por aquellos en una bandeja de madera acompañadas de sus

correspondientes pipas; hicimos mi amigo y yo los honores á las primeras mientras contemplábamos al guía, que muy á gusto y á costa de nuestros bolsillos, proveía con muestras de no acabar en mucho tiempo así la pipa como la taza, llamando con el aire propio de un sultán á cualquiera de los dos negros siempre que se le ofrecía repetir la operación. Llegado el caso de pagar y no presumiendo que uno de nosotros entendiera el árabe, aconsejó cordialmente al amo del café que cobrara con el esceso que quisiera; en lo cual estuvo aquel tan de acuerdo, como en repartirse con el primero la diferencia; pero no tan discretamente que pasara la operación desapercibida á



nuestra vista: acordámonos entonces de las advertencias de sus compañeros y con esto y haber percibido luego que salimos los ecos de una música cercana, vinimos en conocimiento de la verdad con que aquellos nos hicieron su recomendación. Por fin, dimos vista á la casa de donde salía el ruido y pocos momentos despues componíamos parte de la fiesta.

Entramos primeramente en un zaguan y por él á un cenador ó patio plantado de laureles y naranjos, cuyas ramas espesamente entretejidas formaban un techo natural tan magnífico como pudiera serlo construido de primorosas estalácticas. Porción de maceteros con flores escógidas y yerbas aromáticas rodeaban las paredes colgadas de un chal flotante de rosas y jazmines hasta escalar los lazos de los laureles: sentíase correr el agua con un murmullo manso por bajo de los floridos amates, y un delicioso ambiente cargado de esencias y frescura. Estaba lleno este cenador de personajes de uno y otro sexo, recostados en lujosos cojines de colores, ocupando el centro las mujeres, y todos, lo mismo ellas que ellos, entretenidos con la pipa y el café. La orquesta, que ocupaba uno de los ángulos, se componía de tres negros tocando

unas panderetas, dos violines de tres cuerdas, unas trompas formadas de las astas de un toro, y un triángulo de acero que completaba una música infernal. El lugar destinado á las bailarinas era el centro del patio cubierto con una rica alfombra de Turquía donde nadie pisaba finalizado que era el baile.

Tan pronto como entramos se nos designó un sitio preferido entre los convidados, á quienes imitamos lo mejor que pudimos, haciendo de nuestros cuerpos dos etceteras sobre dos mullidos cojines de terciopelo azul. Los preludios de la orquesta nos llamaron de allí á un rato la atención hácia una linda muchacha de quince á diez y seis años, que saltando ligera del corro en que estaban las demás fué á colocarse de pié sobre la alfombra. La magia adormidora de sus ojos hermosamente negros, cierta voluptuosidad en su figura, mas bien pequeña, pero flexible y airosa, y el gusto con que estaba vestida hacían de ella un conjunto celestial; su vista sola embriagaba como el ósculo de una virgen, con la dulzura de un sueño feliz de amor en la mañana de un día primavera: había robado su frente á la azucena su pálida blancura y al alhelí sus labios el carmin, sus mejillas débilmente manchadas

cual las hojas de una rosa moribunda coloraban con una tinta melancólica su rostro aun mas encantador así: hacíale la mayor gracia una pequeña contracción de la boca cada vez que reprimía una sonrisa muestra del rubor que la causaba el verse atrayendo ó cautivando tantas miradas como en ella se fijaban con pasión; cerraba entonces sus ojos fascinadores, y como si sus hermosos párpados no bastaran á ocultar su cándida turbación, inclinaba con aquella sonrisa picaresca su frente sobre el seno, ó afanábale en componer un rizo luciendo así entre las manos que parecían de nacar sus negros y sedosos cabellos. El traje que, como dejamos dicho, tanto realzaba su hermosura, reducíase á un justillo de terciopelo carmesí bordado de finísimo oro y sostenido por dos tirantes ú hombreras de lo mismo; dejaba este abierto un poco el seno y la garganta asomando por bajo los encajes de una chambrá á través de los cuales se adivinaba algo del seno rizado formado de arminio. Dos cordoncitos de seda blancos entretegidos de oro, cruzados por el pecho, suspendían un pantalón de apiñados pliegues escesivamente anchos, también blanco y de seda, sujetos á la garganta del pié por dos ajorcas de oro incrustadas de brillantes; el pié desnudo se escondía en unas abreviadas chinelas de terciopelo del color del justillo, igualmente bordadas de oro, y una vistosa faja azul con largos caireles amarillos oprimía la cintura cayendo desmentidas las puntas á un costado: el pelo recogido al descuido bajaba por la espalda dividido en tres trenzas tegidas con cintas de colores, y con dos pañuelos de merino azul el uno y grana fuerte el otro, formábase el turbante hundido sobre la frente por una rica diadema de esmeraldas. En los dedos y muñecas brillaban también el oro y piedras preciosas, con multitud de perlas que oscurecían su blancura al lado de aquella maga oriental; un manto blanco de seda enrollado á uno de sus redondos brazos, acababa tan elegante vestidura: ciñóselo graciosamente al cuerpo dejándolo caer hasta cubrir los pies y cogiendo en seguida dos pañuelos de seda por las puntas principio á balancearse, sin cambiar de posición y mas tarde cual una flor que se mece sobre su tallo ondulante, fué sucesivamente tomando las mas voluptuosas actitudes; ya tocaban sus manos en la alfombra; ya doblando hacia atrás todo su cuerpo, daba una saliente pronunciada á sus pechos; ó apoyadas las manos sobre las caderas, sin soltar los pañuelos, agitábalos cual hace temblar sus alas la pintada mariposa, dejando al mismo tiempo oír una canción de monótonas, pero tentadoras cadencias.

Sucedieron en la danza otras jóvenes no tan lindas como la que acabamos de pintar, pero capaces de causar un incendio con una sola mirada en un corazón yerto. A todas ellas obsequiaban á menudo los convidados de una manera particular, en la frente, los pómulos y en el centro de los brazos las dejaban caer unas monedas de plata, que hacían saltar de uno á otro lado cambiándolas, recogíendolas en las manos y volviéndolas á colocar donde querían con una destreza singular: esto era lo que mas divertía á la concurrencia, y ruidosos aplausos celebraban los triunfos que en cada cual de las suertes obtenían. Un negro con una bandeja de madera, recogía al concluir las numerosas dádivas, y otra nueva belleza saltaba sobre la alfombra y hacia continuar la diversión de la que

ciertamente no nos habríamos cansado si hubiéramos tenido fuerzas bastantes para resistir las descomunales tazas de café con que nos obsequiaban. En cambio repartimos los cigarros que llevábamos cosa que nos agradecieron altamente y como á las dos nos retiramos, ansioso yo de escribir estos ligeros apuntes de una fiesta de moros, tal como la ví.

A. DE PINEDA.

LA VIRGEN DEL CLAVEL.

CUENTO MORISCO.

(Continuación.)

El joven revuelto en su manteo, con el sombrero calado hasta las cejas, había dado mil vueltas por los angostos callejones del Albaicín y su cuerpo estaba tan fatigado como su alma, su mente estaba turbada. Se halló cerca de una taberna, teatro de sus antiguas locuras, y empujando con el marcial desembarazo del aturdimiento la puerta, se coló en un oscuro y sucio portal.

Un candil de hierro goteando aceite negruzco y con un pávilo enorme, alumbraba cuatro cacharros de barro y hasta media docena de vasos de peltre colocados sobre una mesa de pino que tenía por cabecera un tonel. Alrededor del cuartucho ahumado había algunas mesas largas con sus correspondientes bancos ocupados por dos grupos de bravos que hablaban desacordes, gritaban, juraban, blasfemaban ó cantaban con voces cascadas y estrepitosas. Uno de ellos, mozo de balumba, con espada de ganchos y broquel doble, mal carado y perdona vidas, reconoció al monaguillo y todos al punto hicieron lado con marcial alegría y brutal franqueza. Vinieron cantares, dió vuelta al corro un jarro y tomó mayor incremento la broma. Juan bebió con avidez y mucho.

Aquella honrada compañía sufrió, sin embargo, sobresalto repentino. Se oyeron los pasos de la ronda y cada cual tomó la del rey por evitar entrevistas y coloquios con alguaciles y alcaldes, gente de suyo escrupulosa, entrometida en vidas ajenas y murmuradora de pecados leves.

El sacristán y Corbacho (así era llamado el temeron que divisó primero á nuestro héroe) se quedaron solos y la ronda pasó sin topar en aquella huronera.

—Juan á la punta y finiquito del suceso, dijo Corbacho luego que todo estuvo quieto y solos entrambos, los amigos van con los amigos: suelta rienda á las penas, que magin tengo para ponerte consuelos, y alientos para vengar tus agravios. Agradecido soy, mas que lo nieguen mugeres, y siempre está en la plaza de mi memoria la noche que hiciste cara á tres blancos que venían sobre mí para echarme al finibus terre.

El mancebo no deseaba otra cosa, contó lo que en su corazón pasaba y con su vehemencia aquel buen amigo como que vaciló por los primeros instantes. Luego echándose el alma atrás y avergonzado de sí mismo soltó una carcajada, bebió un trago y con aire compasivo repuso:

—Voacé tiene mucho de nuevo en estos lances; apure ese moscatel, y oiga el consejo de un lobo con el corazón muy duro. Cuando suenen las doce y esté la gente asegurada, tomas una escala de cuerda que para otros usos guarda el señor Abispa, y que tendrá oculta de envidiosos entre esos toneles; te aseguras bien el cinto y requieres la daga; te cuelgas de la pretina este broquel que no lo pasa una china de arcabuz; el sombrero hasta los ojos, la capa mas cerrada que una nube; y con aire á lo valiente te vas á casa de la moza, y déjame en la boca-calle que rematado quedará quien se venga á buscar el hombre, porque cada uno en su casa y Dios en la de todos.

Juan no contestó: seguía bebiendo.

Sonaron en esto los tres cuartos para las doce en

el reloj del Salvador y se levantó con presteza, tomó el último trago, pidió al señor Abispa (que era el honrado tabernero) la escala y con prudencia notable le fué entregada. Siguió uno por uno los preceptos de Corbacho, y arrojando unas monedas sobre la mesa salió seguido de su amigo.

La noche estaba como de boca de lobo, convidando á malas acciones y capaz de poner miedo en corazones de bronce. Silbaba el viento, el cielo parecía una losa de mármol negro y truenos y relámpagos despedían las nubes de que estaba vestido el firmamento.

—Toma pies que el asunto no es de valentía, dijo Juan con voz ronca.

—Tus razones me ofenden...

—Calla: y supuesto que los amigos son de los amigos vete á casa de la Pintada que allí daré con mi persona cuando falta me haga tu ayuda.

Insistió Corbacho; pero el sacristan por pocas montó en cólera y al fin tomó el bravo el portante lácia su casa jurando cada vez que tropezaba.

La oscuridad era tan grande que el mancebo aguardaba la luz de la tempestad para guiarse, y aun á la claridad de los relámpagos las calles estaban confusas para sus ojos. Tal peso sentía en la frente que apenas sostener podía la cabeza, los objetos que divisaba giraban formando madejas de colores.

Dieron las doce.—Un relámpago iluminó la casa de Amina. Juan estaba al pié de su ajimez desdoblado la escala.

Después del relámpago, la oscuridad se hizo impenetrable, densa, y Juan cerró los párpados involuntariamente. Las madejas enmarañadas de colores se perdieron poco á poco en un mar violado, por donde pasaban aristas de oro. Anchos celajes de sombra inundaron aquel océano de venturina: el sacristan sentía pesadumbre alrededor de la cabeza como si la tuviese ceñida con una barra de plomo caliente, mortal decaimiento corrió por todos sus miembros, entreabrió los labios y se apoyó sobre el muro....

Sintió sin darse cuenta de ello (tal vez en el fondo de su alma) que subía por la escala de cuerda con paso firme. Tropezó con la celosía persa, y abarcándola entre sus robustos brazos la desencajó del marco. Las macetas de arrayan, de claveles y de azucenas de ajimez le enviaron su perfumado aliento, y por entre el ramaje vió una estancia blanca como el nácar, y semejante á una taza chinesca.—Arrojar la capa, deshacerse de la celosía, apartar los búcaros de las flores y penetrar de un salto en aquel recinto encantado todo fué obra de un punto.

Nunca á los ojos del travieso monaguillo, presentóse espectáculo semejante. Estaba en un templete morisco con paredes de filigrana y cornisas de encaje, cerrado por una cúpula de alerce y ébano. El pavimento era de mármol y un surtidor de agua olorosa saltaba en el centro de un reducido mar. La luz salía al través de unas lámparas transparentes de marmol de Macael, ocultas entre las flores que adornaban los ángulos del recinto y mezclándose los rayos débiles de la luz artificial con los reflejos de la luna que penetraban por las claraboyas estrelladas de la cúpula y por el calado de los muros formaban un conjunto semejante á la claridad de la alborada.

Sobre una piel de tigre, en un almohadon carmesí con alamares de oro estaba sentada Amina ensartando las perlas esparcidas de un collar. Al ver á Juan, dió un grito penetrante y quiso huir pronta, como una gacela cuando siente el rugir cercano de un leopardo. El mancebo con aire resuelto cogió las sueltas puntas del riquísimo cinturón y la detuvo.

—¿Huyes; señora mía, de quién viene á buscarte? dijo con amargura y amor al tiempo que la traía hácia sí dulcemente:—¿Huyes de quien te adora con toda su alma!—La niña volvió el rostro con infatigable rubor y se dejó conducir á un alhamí que enfrente había, ocupado con el magnífico lecho de la morisca.

Ambos se sentaron en el borde del poyo alicatado y así comenzó sus razones Amina.

—Cuánto deseaba tenerte á mi lado, abrasarme en la luz de tus ojos y oír tu voz tan querida!... ¡Temí que no vinieras! ya se han volado las golondrinas á

la tierra de mis padres y con ellas todas las alegrías.

—¿Por qué no venir? ¿quién puede colocarse entre los dos? Tú, mía para siempre, yo tu mas rendido esclavo.—¿Cuán hermosos son tus cabellos azulados rizos! cómo brillan tus ojos dulcisos!... aroma de jardines exhalan tus labios. Déjame estrechar tu talle, déjame beber la vida en tu boca.

El sacristan ciñó con su brazo la torneada cintura de la mora y selló con un ardiente, suave y voluptuosísimo beso la boca de coral. Estremeciéndose de placer la jóven, y Juan sintió que la sangre se encendía en sus venas: parecía que un huracan caluroso rodeaba sus frentes y cegaba sus ojos.

Mas de pronto Amina colocando su breve mano sobre el pecho de Juan, le retiró de sí, y volvió el rostro.

—No, dijo con acento melancólico y fatal, aléjate de mí, que Dios nos acecha con los ojos de su ira. Este lecho es el de mi padre, y la hija que mancha la honra del que le dió la vida, morirá para siempre. La tribu arrojará piedras contra mí, la virgen apartaría su manto que ahora estiende sobre mi cabeza y llamas sin fin me aguardan luego. No, no, aléjate de mí!

—Amina mía, olvida tan siniestros pensamientos. Tu padre era un infiel, y ¿quién de tu tribu pondría airados los ojos en la presencia tuya?... Dios... se olvida de nosotros... olvidémosle tambien.—Dios mató á mi pobre madre. Dios me tiene solo en el mundo, Dios me prohíbe que te ame....

—Calla interrumpió la conversa; aterrada con tanta blasfemia, calla y no pronuncies esas palabras en esta estancia, porque á luz de la luna, la sombra de mi padre se dibuja en las paredes.

—Salgamos, pues, de aquí, el mundo todo es nuestro. Salgamos sí; que yo he de pasar mi vida á tu lado: aliento con aliento, alma con alma.

—Lejos sí, lejos de estas tierras donde soy oprimida, lejos de la sombra de mi padre.—Y como fascinada la mora se dejó arrastrar por el monaguillo, que sin saber cómo, se halló en la puerta del jardín y sintió la impresion del viento, y el frio de las anchas gotas de las lluvias de otoño.

Borrasca de mar parecía la tormenta que sobre Granada descargaba en aquellas horas. Amina horrorizada con la tempestuosa noche se asió fuertemente del sacristan, que requiriendo el broquel y la daga, y cubriendo cuidadosamente á su amada con los anchos pliegues de su capa, empezó con resuelto paso á cruzar las sombras y á perderse por el laberinto de calles que parten por los ángulos de la irregular plazuela de San Cristóval.

La tormenta crecía. Cuatro pabellones de nubes espesas y negras, como la boca de una sima, se disputaban el ancho espacio de la bóveda celeste, afirmadas cada cual, como los Titanes de la fábula, en las crestas de los opuestos cerros. La tierra temblaba con el horrible fragor de los truenos, y las montañas vecinas enviaban, cual una piedra despenada, cien ecos aterradores. Las gotas de la lluvia parecían granizos, los granizos piedras. El viento rugía como un león apasionado, y formando remolinos cargados de agua y nieve se estrellaba en los muros y pasaba arrastrando su cabellera, con gritos y quejidos, por las estrechas callejuelas.

Juan y Amina, desafiando la cólera de los elementos, vagaba por las calles, sin saber adonde se dirigían. Los delicados pies de la morisca se ensangrentaron, y sus miembros todos se llenaron de mortal fatiga. El sacristan sudaba y trasudaba, tenía trabajosa la respiración y el torbellino que en su cerebro bullía era causa de que fuese mayor para él la confusión y la oscuridad.

El combate de los cielos arreciaba. Estendiendo sus negras olas y á toda fuerza de viento se entrechocaban las nubes descubriendo á girones la bóveda azulada. Ceñían con sus bandas de vapores, los altos picachos del Veleta, queriendo derribar el coloso que les impedía desparramarse por el mar, se revolcaban en las laderas de las peñas de Parampanda y cubrían de luces las puntas de Sierra Elvira. Mangas espesas de nutridas gotas de agua enviaban sobre la dormi-

da ciudad y cada calle era un torrente, cada plazuela un lago.

—Detente Juan, dijo llena de terror Amina, detente! que la voz de Dios se oye entre los gritos de tormenta y los espíritus se quejan en los remolinos del huracán.

Un relámpago con claridad mas vívida que los reflejos de un brillante al sol, partió á este tiempo del seno de una nube y con serpientes y flechas de fuego encendió la atmósfera y puso como una ascua de oro las nubes y las montañas. Los cipreses de la rauda cercana (1) se coronaron de fatídicas lenguas de llama y los edificios y las torres cubiertos de ignea aureola parecían incendiados. El mancebo reconoció que se hallaban de nuevo, despues de tantas vueltas en la plazuela de San Cristóval, al pié de la torre de la iglesia en la puerta de la casa de Amina....

Tan extraño acaso amilanó mas y mas al fiero mancebo. Siguió al relámpago un trueno espantoso; el sacristán creyó que el cielo se desplomaba sobre su cráneo; las campanas respondieron á los cielos con un toque como de agonía. Los cabellos se erizaron sobre la frente del atrevido mozo, y toda su piel se contrajo como al soplo de una brisa helada. Estrechó á la morisca contra su corazón y se embutió temeroso, huyendo, en el dintel de la puerta de su amada....

Otro relámpago menos vivo y mas prolongado aumentó su angustia con nuevo y horrible espectáculo. El cura se presentó á los ojos de los amantes envuelto en sus hábitos negros. Y dirigiéndose al huérfano con rostro airado y voz tremenda, le dijo:

—La maldición de Dios llevas grabada en la frente. ¿Dónde iras que no la lean? Suelta infame tu presa, y no desgarres la inocencia de esa paloma.

—Dejadme, señor, dejadme; repuso el mozo con la reconcentrada ira del criminal sorprendido, he pisado la carrera del crimen y mis ojos están ciegos.

—No, miserable, delante de Dios tu ira es impoñente. Al tiempo que esto decia asíó el sacerdote del brazo á Juan, con tal fuerza, que sus dedos parecían garras de hierro.

—Soltad, y libre dejadme el paso.

El párroco sacudió fuertemente por toda respuesta al monaguillo y apoderándose de Amina oculta entre los pliegues de la capa intentó separarla del mancebo.

—Soltad, señor, que una nube de sangre rodea mi frente.

—No.

—Pues toma, viejo imbécil.

Juan acompañó estas palabras con una puñalada que fué derecha al corazón del cura. La claridad de un relámpago lejano iluminó la hoja sangrienta de la daga, y la sorda caída del anciano. La morisca se desmayó dando un agudísimo grito.

Juan la levantó con sus hercúleos brazos, y dió á correr con la velocidad de un ladrón ó de un ciervo herido.

Calmóse el viento. La lluvia era tan espesa como el grano en las espigas.

El sacristán siguiendo en su carrera, sintió que el terreno declinaba y oyó la voz del río allá en la hondura. Estaba en la cuenta del Chapiz. Nuevas alas tomó conociendo el terreno. Saltaba por la pendiente, como una bola despedida por mano diestra. Llegó á la orilla del Darro escarpada y elevadísima; un relámpago protector le enseñó el puente de troncos que servía de pasadera. Entró por él con valor, levantando en alto y como en triunfo á su amante.

El cimbrear de las vigas le indicó que estaba mediando el pasaje, un paso mas.... cayó; se perdió en el espacio, dió una vuelta y luego veinte, todo su cuerpo se descoyuntó como el de una culebra cuando se sacude, y oyó las aguas del río que con salvajes mugidos le esperaban; quiso gritar y le faltó aire en sus anchos pulmones.

(1) Por cima de la plaza del Salvador, existe todavía una cruz gótica, rodeada de cipreses, llamada cruz de la rauda, ó del panteon, porque allí hubo en tiempo de moros un cementerio, que despues fué bendecido.

La voz de la morisca rompió el viento con eco desgarrador.

—*Virgen mia del Amparo!* pronunció vuelta en sí con el peligro.

Un ángel veloz como la luz llegó á la hondura cuando tocaban los amantes el encrespado oleaje del Darro, y asiendo del cabello á Amina la levantó con presteza prodigiosa en medio de un luminoso y aromático vapor.

Juan en la agonía, luchando ya con la corriente se asió de la orla brillante de la vestidura del celestial mancebo buscando salvacion tambien; pero de la misma oscuridad de la sima salió una deforme figura con sulfúreos y cobrizos reflejos de fuego, que dando al rodador una furiosa patada en el corazón le envió á lo profundo de las aguas.

Despertó á este tiempo el sacristán y se halló al pié del ajimez de Amina, recostado sobre la escala por donde habia intentado subir. Pasó la mano por su frente, se recogió el cabello con terror y recorrió con la vista todo el espacio que le rodeaba.

El alborada tendia su red de seda rosada por los alcores y los caserios de la vega que como barquillos empavesados blanqueaban en aquel mar de esmeralda. Suavísimo perfume exhalaban los ariates de flores de los carmenes cercanos. El cielo está límpido y sereno sin huella alguna de la pasada tempestad. El suelo apenas mojado. Palpaba sus miembros fatigados el mancebo, dudaba de su propia existencia, levantóse y vió la celosia del ajimez de su amada, cerrada como un cancel misterioso y dejando apenas sobresalir á las flores, oyó un suspiro y recogió del suelo un clavel encarnado, prueba de amor, que cuando pasaba de mañana á tocar las campanadas del alba, le concedía siempre la mora. De seguida vió venir al cura con agrado y dulce sonrisa en los lábios.

—Pícaruelo, me has ganado por la mano esta mañana. Bueno es el madruggar.—Sube y toca á misa despues de dar el alba, que hoy quiero despachar temprano.

Juan estaba como alelado, ocultó como pudo la escala, acortó el tiro de la espada, siguió maquinalmente al cura y tomó las escaleras de la torre.

Tocó las campanadas del alba, despues los compasados golpes que sirven para convocar los fieles al santo sacrificio de la misa, preparó el recado y con recogimiento extraordinario ayudó al cura en la celebración del oficio divino. Todo el día le pasó nuestro sacristán abismado en reflexiones y con señas en el rostro de hallarse dominado por una impresion profunda de terror. El sueño horrible de la noche anterior no le dejaba un punto y caminaba su cerebro hácia la locura.—Al siguiente día con lágrimas en los ojos se llegó al buen párroco su padrino y le pidió que le oyese en confesion general, suplicándole despues que le concediese permiso y proteccion para entrar en la nueva órden cartujana del Paular que fundaba en Granada á espensas del Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba.

No hubo humanas fuerzas que su voluntad cambiasen y pasados algunos meses era ya lego Juan de tan rigurosa orden con notable admiración de las murmuradoras del barrio y no poco descontento de las enamoradas del gallardo porte de nuestro héroe. Mas como en la misma semana en que acaeció tan inopinada conversion tomó el velo en Santa Isabel la Real, Amina la morisca, el caso picó en historia y escribió las públicas cavilaciones. Nosotros dejando á un lado habladurias daremos fin á nuestro verídico cuento, pues la parte mas trágica nos resta.

(Concluirá.)

J. JIMENEZ-SERRANO.

MADRID.—Librerías de Pereda, Cuesta, Monier, Mañte, Jaimebon, Gaspar y Roig Barzola, Poupart, Villa y la Publicidad, litografía del Pasaje del Iris y de S. Felipe Neri PROVINCIAS.—Remitiendo una libranza sobre correos, franca de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo, n. 26, cuarto segundo.

MADRID 1848—IMPRESA DE D. BALTASAR GONZALEZ.